

LAMENTO DE LA HIJA

—Ay Cunshi, sha.

—Ay bonitica, sha.

—¿Quién ha de ver, pes,
si gashinita está con güeybo?

JORGE ICAZA, *HUASIPUNGO*

El recuerdo de mi madre
suena entre las plantas muertas.

NATALIA GARCÍA FREIRE, *NUESTRA PIEL MUERTA*

De nuevo, mediante la evocación del duelo, contra la prescripción del olvido por parte de la ciudad, turbará al espectador, lo incitará a trascender su pertenencia a la comunidad cívica para comprender que pertenece, más esencialmente todavía, a la raza de los mortales.

Porque tal es, por siempre, la última palabra de lo que canta, al espectador más que al ciudadano,
la voz enlutada de la tragedia.

NICOLE LORAUX, *LA VOZ ENLUTADA*



Coro:

La hija yace abrazada al cadáver de su madre. Ella había permanecido recostada como en los días anteriores, desde que enviudó. La muerte de Jorge ocurrió hace apenas nueve meses. Alicia, la madre, casi ya no hablaba. Apenas comía. Apenas comía. Apenas comía. De forma casi imperceptible movía alguno de los dedos de sus pies o ligeramente una de sus manos. Su corazón palpitaba agitado, palpitaba agitado como animalito montaraz. Y sus ojos se movían nerviosos, sin rumbo, como buscando un puerto de llegada. La tarde del lunes 29 de noviembre del año 2021, la hija supo por el movimiento de esos ojos que debía sostener el cuerpo madre. Alejarlo del espanto. Entibiarlo. Ayudarlo a partir. Lo volteó hacia su lado izquierdo para aliviar los pulmones fatigados. Se acostó detrás de ella y la abrazó. Le hizo cucharita con sus piernas flexionadas, la espalda encorvada y con su brazo derecho la rodeó entera. Cabeza con cabeza sobre la misma almohada. La acurrucó y la pegó a su pecho, bien pegada a ella con el cordón umbilical restablecido. Fue entonces cuando salió de la boca hija una canción de cuna, una canción de cuna para arrullarla.

*A la nanita nana, nanita nana, nanita ella.
Mi niña tiene sueño, bendita sea, bendita sea.
A la nanita nana, nanita nana, nanita ella.
Mi niña tiene sueño bendita sea, bendita sea.*

El cuerpo madre se hizo bolita en el regazo hija con el peluche rosado apretado en su axila izquierda. La pequeña coneja rosada que Ale envió para ella el 22 de octubre, el día de su cumpleaños. La madre cumplió 81 años hace pocos días y recibió esa pequeña coneja junto con un ramo de frutillas bañadas en chocolate. La boca hija siguió cantando y cantando. Una y otra vez la misma melodía. Una y otra vez. Una y otra vez. La respiración madre entró en el cauce del canto hija y las dos se volvieron un solo latido, una misma contracción. Las terminaciones nerviosas de la piel hija percibían los sonidos de las entrañas madre. Esas que fueron su primera cueva, la primera estancia. Los órganos de la madre sonaban. Se retorcían. Era el rugido de la energía vital en la intensidad de su último aliento. El oído hija distinguía el suave ronquido madre. Así, entre canto y canto, la madre se fue durmiendo entre los brazos de la hija. El vientre materno de pronto se despojó de todo movimiento. Ese que sube y baja con el aire, hacia delante y hacia adentro. La boca hija, entonces, dejó de cantar y sus labios resoplaron un torrente de palabras-llanto.

Ay, madre mía, sha.
Ay, mami Nena, sha.
Ay, Alicia, sha.
Ay, Esther, sha.
Ay, la Nenita, sha.

Alicia llora a su madre y lloran con ella también las hijas.
Todas las hijas.

Murió la madre de Alicia.

«¡Ay, ay, Alicia!», responden también las hijas.

Hija:

Soy Alicia, hija de Alicia Esther Caicedo, a quien alumbró Blanca Alicia Salazar Lalama, en Guayaquil, el 22 de octubre de 1940. Blanca Alicia fue asistida por la Virgen del Perpetuo Socorro en un difícil trabajo de parto que duró tres días con sus tres noches en casa de los abuelos. Una casa que no conocí. Mi madre estaba sentada de nalga, con el cordón umbilical enredado en su cuello. El médico que atendía a mi abuela le dijo a su esposo, mi abuelo Urbano, que no podía salvar ambas vidas. Que salvaría a la madre. Ese parto casi le costó la vida a la madre y a la primogénita. Blanca Alicia encomendó la vida de la bebé a la Virgen, bajo la sagrada promesa de ponerle su nombre en agradecimiento. Mi mamá bebé escuchó las palabras que ponían en riesgo su destino por venir y ensayó varios trampolines en el vientre. Logró desenredarse, cambiar de posición y salir airosa al mundo. Alicia Esther del Perpetuo Socorro Caicedo Salazar es el nombre completo de mi madre. Ahora yace, tendida frente a nosotros, en su lecho del dormitorio matrimonial. Falleció entre mis brazos, arrullada por mi voz. Su hermano Urbano, el menor de todos, estuvo allí para sostenerle su mano izquierda mientras duró mi arrullo mortuorio. El tiempo se quebró a las seis menos dos de la tarde.

—¿Qué hora es?

—Las seis.

—Seis y cuánto.

—Cinco y cincuenta y ocho.

—¿De la mañana o de la tarde?

—De la tarde.

Acabo de levantarme de su lado. Me paro frente a ella junto a mis parientes que han venido a velarla. Madre, a ti te hablo. Cantaré el himno ritual en tu homenaje. ¡Qué los ojos de mi padre me acompañen y la brisa de la noche te envuelva mientras los grillos cantan en coro para ti! Que el verde, verde, de tus ojos, padre mío, eleve mi espíritu y desate mi lengua. Acude en mi ayuda, padre, sostén la mano de Ale como siempre lo has hecho. Guíame, pues me conoces tanto, compañerito amado. Sostenme y junta tu mano con la mía. Va mi canción luctuosa, mi gratitud, mi sollozo, mi fúnebre lamento. Escucha la palabra de tu hija, madre. ¡Oh, desdichada boca la mía! Mi boca que se abre y canta para ti. ¡Que el rumor de tu vida llene todos los espacios! No podré cansarme de resonar la tierra con este mi lamento. Óiganme todos, óiganme. Acepten mis palabras. Abatida en mi desconcierto, lanzo aquí mi llanto, mi quejido de alabanza, mi canto de duelo.

Lloro la muerte de Alicia, «¡murió mi madre!».

¡Ay! ¡Ah! ¡Aaaah! ¡Aaaayyy! ¡Aaaaaayyyy!

¡Aaaayayaaayyyy!

Coro:

Alicia llora a su madre y lloran con ella también las hijas.
Todas las hijas.

Murió la madre de Alicia.

«¡Ay, ay, Alicia!», responden también las hijas.

Hija:

¿Quién ha de cuidar, pues, de los cactus que sembraste uno a uno en jarritos de porcelana? Pequeños jarros de colores que distribuías entre los enrejados blancos que recubren las

ventanas de la casa. De tu casa. Nuestra casa en Guayaquil. Los cactus que compraste cuando ibas con mi padre al Mercado de San Alejo para conseguir la comida de las tortugas. Algunos de esos cactus los llevé conmigo a Quito en dos cajas de cartón. Ahora están sobre la mesa roja que hace parte de mi jardín. Un jardín propio. Ese es mi legado. Mi legado vivo.

¿Quién ha de regar las plantas del jardín que con tanto amor atendías? El jardín del patio de tu casa. Tu orgullo, tu ocupación, tu alegría. Pasabas días enteros entre tus plantas. Las regabas, las podabas, las cambiabas de lugar, las mirabas, las reconocías, las tocabas. Cualquier resto de botella te servía de maceta improvisada. No había espacio vacío porque todos los rincones del patio estaban ocupados por tus plantas. No importaba que las raíces levantaran el cemento, que las ramas se enredaran con los alambres del tendido eléctrico o que las jardineras se sostuvieran en precario equilibrio. «Mi jardín es salvaje», decías cuando mi padre te reclamaba por lo que a sus ojos era peligro, exceso, desorden. Porque en verdad una fuerza salvaje e indómita, como la de tus plantas y tu gata, te constituía. Una fuerza que te excedía, pero que al mismo tiempo te hacía capaz de juntarlo todo, de cargar con todo, de poder con todo.

¿Quién le dará la comida, pues, a la gata de la calle que hiciste tuya? La gata que parió varias camadas de gatitos. La gata sin nombre que solo se dejaba tocar por ti. La gata que decidiste retener porque ahuyentaba a los ratones. La gata que nombré Gecia cuando ya no estabas. Cuando mi padre tampoco estaba. Junté la última sílaba de Jor-Ge y de Alicia. Así nació Gecia. Mientras cuidaba de ti nos hicimos amigas, le di de comer, la hice esterilizar, aprendió a reconocerme y a dejarse acariciar por mi mano. Me quedé con una cría de su última camada de cuatro gatos. La cachorra negra

que nadie quiso adoptar. La gatita a la que Darío puso uno de tus nombres: Esther. La gata que vive con Gecia entre un montón de cosas amontonadas en el patio de tu casa. El movimiento felino de ambos animales preserva un halo de la vida salvaje que supiste cultivar. Un vestigio de tu rastro corporal. Una forma de tu supervivencia.

¿Quién ha de poner las ollas al fuego en las primeras horas de la mañana? ¿Quién ha de hervir el agua para luego verterla en los servicios de los baños? Tu primera tarea matutina siempre fue alejar a las cucarachas. Porque en Guayaquil los insectos son legión y las cucarachas son los más feos y los más primitivos. Un día, cuando ya no estabas, entré al baño de tu dormitorio. El baño que había permanecido sin uso un par de meses. Abrí la puerta. Di unos pasos. Estaba poblado de cucarachas gigantes. Se movieron con sigilo y sus largas antenas me apuntaron. Retrocedí. Cerré la puerta. No he vuelto a entrar. Las cucarachas tomándose los espacios. Eso es la muerte.

Es Chary shorandu, shorandu.
El jardín tan shorandu está.
Gecia tan shorandu está.
Fernando, tu hijo, tan shorandu está.
La brisa de Guayaquil tan shorandu está.
El patio tan vacío, vacío está.
La casa tan quejandu está.

Escucho su queja, su desmoronamiento, su llanto.

Ay, mami, sha.
Ay, mami Nena, sha.
Ay, madrecita, sha.

¿Quién hablará con Ale de la llama divina, de la señora vida y de otros mundos para los que no tengo palabras porque no los conozco y no sé cómo nombrarlos? La coneja rosada que apretaste entre los pliegues de tu axila izquierda con el resto de fuerza que aún te quedaba llegó con una tarjeta de Ale. Una tarjeta de cumpleaños que dice en sus últimas líneas: «Mi madera de guerrera, mi ángel guardiana de mi vida entera, te amo con todo mi corazón». ¡Ayayay, ayayay, ayayay, el corazón de Ale, mi Ale, mi Ale, mi Ale!

¿Quién reirá con Fernando cuando llegue de la calle y tenga ganas de contar un encuentro, un recuerdo, un chisme, un suceso cualquiera? Porque sabías reír con tu hijo, madre.

Wawa solito es. Tu wawa grande. Ayayay... Ayayay...

¿Quién se ha de quedar prendada de la sonrisa de Darío? ¿Quién le ha de señalar una y tantas veces el camino? ¿Quién le dirá a tu nieto que no se corte los zambos de su cabeza porque le quedan tan lindos?

Ay, mami, sha.

Ay, mami Nena, sha.

Ay, Alicia, sha.

Ay, Esther, sha.

Ay, la Nenita, sha.

Coro:

Alicia llora a su madre y lloran con ella también las hijas.
Todas las hijas.

Murió la madre de Alicia.

«¡Ay, ay, Alicia!», responden también las hijas.

Hija:

¿A quién le digo cuánto me duele el corazón, mami? Justo hoy, ¡cuánto me duele! Porque lo tengo roto. Hecho pedacitos, madre, y no sé cómo juntarlos. Necesito que me abracés, que pongas tu mano en mi pecho, que me digas «ya va a pasar, hija. Todo pasa». Igualito como cuando te dije que tenías un tumor en el colon y tú me respondiste, mirándome a los ojos, «tranquila, hija, todo tiene solución, no te preocupes». Y yo encontré paz en tus palabras a pesar de la noticia que yo misma te anunciaba, porque tu sola voz, la particular entonación de tus palabras, la serena cadencia de tu fraseo, siempre fue para mí puerto seguro de llegada, lugar de remanso, cuevita de cobijo. Encontré paz en tu mirada a pesar de saber que tu duelo por mi padre había incubado un tumor de veintiún centímetros en tu colon sigmoide. Ahora, madre, dónde, dime dónde me refugio. Qué hago con el aullido interior que me araña el pecho, me crispa, me deja con la boca abierta como pez fuera del agua. Así me quedo: con la boca abierta, bien abierta hasta que mi mandíbula se acalambra de tanto gritar en silencio. No te había contado que ahora practico boxeo y me ayuda, madre, me ayuda a endorfinar mi cuerpo, lo hace sudar, le saca el aire, lo fortalece, le devuelve, poco a poco, el equilibrio, la coordinación, el movimiento, la fuerza. Hace pocos días, mi entrenadora ordenó que me echara al piso en posición faraón, que levantara el cuello, abriera y cerrara la boca una y otra vez. Que me quedara con la boca abierta, muy abierta. Ya no podía más de lo incómoda y difícil que me resultaba esa posición, pero Pía me gritaba que necesito endurecer la mandíbula para evitar que me la rompan de un solo puñetazo. Entonces, lo que pensé es que ahora, cuando me quede con la boca abierta como pececita boqueando fuera del agua, tendré mi mandíbula fortalecida para sostenerme y no morir asfixiada.

Eso te cuento madre, ahora practico boxeo y me encanta dar esos saltitos cuando lanzo golpes rectos y ganchos con mis guantes rosados, coordinando el movimiento de las puntas de mis pies, de mi cadera, de mis codos, de mis hombros. Te hubiera encantado, madre, este mi relato del boxeo, de saltar la cuerda, de mis piques y corridas. Quién lo hubiera dicho, pero aquí estoy con mis puñitos cubriéndome la cara en posición de guardia y balanceándome con movimientos pequeñitos. Como la salsa, dice Pía. Movimientos controlados y pequeños.

Vamos al Malecón del Salado, madre mía, para que recuerdes tu infancia.

Vamos al mercado de Caraguay para que comas ceviche.

Vamos a la playa por un día.

Ay, bonita, sha.

Ay, madrecita, sha.

¿Quién ha de arreglar los álbumes de fotos? Porque ese es tu legado, nuestro archivo visual. Te gustaba abrir una y mil veces esos álbumes para darles en cada ocasión un ordenamiento diferente. Un trabajo de composición, de *collage*, de intervención. Tengo conmigo los álbumes de nuestra infancia, los de Ale con las fotos que tú le tomabas mes a mes, año tras año. Todos numerados, con la fecha escrita por ti detrás de cada imagen. Preservo también los tuyos: los de tu infancia, de soltera, de tu matrimonio. Además de otros más pequeños que contienen fotos con tus amigas en los últimos tiempos. Me conmueve mirarte con el rostro altivo y la banda de «Mejor compañera» cruzando tu pecho. Guardo algunas cajas, tal como tú las armaste, con pequeñas

fotografías de caras familiares. Entre esas fotos tijereteadas, encuentro un conjunto de dieciocho fotos en blanco y negro que muestra la fisonomía de Mamá Nena desde el año y medio hasta los cuarenta y un años. Tú misma anotaste tu edad en cada una de esas fotos: *Mamá Nena. 4 años*. Las fotos de los álbumes están llorando. Solitas porque nadie las revuelve para contar una vez más algún fragmento de episodios vividos. Se van desdibujando esas fotos sin tu ojo posando sobre ellas madre mía. ¿Quién, pues, ha de mantener viva la memoria fotografiada? Podías quedarte largas horas entre esas páginas. Ahora estás allá, caminando en esos lares que antes fueron los escenarios fotografiados. Dime, madre, ¿has podido encontrarte con tus muertos? ¿Quién me va, pues, a completar los sucesos, los nombres de la gente y los lugares que no reconozco en las fotos que ahora son mías? ¿Qué hago con las fechas y los nombres que no recuerdo? ¿A quién le pregunto? Dime, ¿a quién? Rostros, rastros, restos entre mis manos.

¿Qué hacer con tantos objetos que guardabas?, porque de nada querías deshacerte. Siempre hay un huequito por allí, decías. Encontrabas un lugar para todo, apretándolo como dentro de un sombrero mágico. Empujabas y ensanchabas los espacios para seguir metiendo más y más cosas: recuerdos de bautizos, invitaciones, tarjetas, revistas, carteritas, dados, fundas vacías, calendarios, hilos, cintas, suvenires, recortes de periódicos, agendas, adornos, llaveros, papeles, ropa, muebles, juguetes. Pensabas que todo lo utilizaríamos nuevamente en algún momento, o quizás cada cosa conservada se revelaba como un pedazo de evidencia material que te sostenía bien agarrada a la vida como si el tiempo no transcurriera. Como si nada concluyera nunca. Como si todo estuviese siempre al alcance de la mano. Como si el mundo entero fuera una pequeña colección de miniaturas.

Ahora es mi hermano quien vive en medio de un laberinto de objetos que lo arrinconan y no sabe qué hacer con tanta cosa acumulada. Mi amiga Lilita me dice que la gente debería morir con sus cosas. ¿Qué hacer, pues, con la vida hecha resto, cúmulo, pedazos, piezas sueltas, ruma, aglomeración, montón de cosas y más cosas?

¿Quién ha de completar, pues, los rompecabezas de cientos de piecitas pequeñas que te gustaba armar? Rompecabezas que desplegabas sobre la mesa del comedor para que se vaya completando de a poco, decías, de manera colectiva. Porque pensabas que así nos juntabas, que nos acercabas en la emergencia del paisaje, que así se abría la posibilidad del encuentro, de un hacer en común, de un logro compartido, de una aparición empujada a varias manos. Y te sentabas, te sentabas como si esas pequeñas piezas capturaran toda tu atención. Pero nos veías de reojo y lanzabas una pronta invitación a quien pasara cerca de ti para que hiciera un alto. Mira, preguntabas, ¿dónde crees que puede encajar esta pieza? Ya habías encontrado su exacto lugar, pero necesitabas conducir una de nuestras manos para rellenar el vacío. Ven, siéntate. Mira. Quédate un rato. ¡Qué hermoso! Y luego, la pega, el marco de madera, un cuadro más para algún espacio todavía vacío en alguna de las paredes. Esos cuadros hechos de piecitas y marcos de madera que mandabas a construir a la medida son también nuestro legado.

¿Quién ha de jugar rummy como lo hacías con mi padre, conmigo cuando estaba de visita, con Anita cuando llegaba de Quito? El juego yo lo aprendí con el abuelito y la Nena en uno de mis viajes a Guayaquil, me dice Anita. Me enseñaron a jugar rummy quinientos y rummy mil. Es un juego interesante, porque tienes que pensar las estrategias para decidir qué cartas robar y armar tus juegos. Nos reíamos bastante y jugábamos durante horas. Nos reuníamos

a jugar en la noche. Después de cenar se abría el casino en el comedor. Nos reíamos con las picardías del juego y lo hacíamos hasta la una de la mañana. Lo jugamos durante años. Las cartas nos unieron mientras conversábamos y tomábamos café. Aprendí de las bromas de ambos, del estilo de ellos, de sus anécdotas y recuerdos. Era chistoso. Algo muy bonito que compartí con la Nena y con el abuelito. Eso recuerda mi sobrina Anita.

Fuiste la mano que abrió la puerta de la casa a mi hermana Cecilia. La madre de Anita. Mi hermana mayor, la hija de Jorge. La hija que nació en Cotocollao, hija de Rosa. La hija que nació antes del destierro de mi padre a Guayaquil. Porque las puertas de esta casa se abren para ella, dijiste. Y te sostuviste en tu indomable deseo de juntarlo todo. Porque la hiciste hija tuya, quisiste regalarnos una hermana más grande cuando ya éramos grandes, un cordón restablecido con el pasado. Porque esta vez se trataba de picitas vivas para rellenar los vacíos de la memoria, de los relatos, de las preguntas. Y allí estabas tú para restaurar el orden de las cosas, para colocar palabras en los silencios, para abrir el pergamino agujereado y leerlo de corrido.

Los mandalas, los cuadernos de pintar, los marcadores, los fosforescentes, los de punta fina, los de punta gruesa y los de punta flexible, los lápices de colores, los de cera y los acuarelables, los metálicos, los de carboncillo y los de color borrrable son también nuestro legado. Tenías una colección de cajas con material para pintar que Ale te hacía llegar. Buscabas la perfección en el detalle, la originalidad en la combinación de colores, la precisión en el efecto visual que conseguías. Le tomabas fotos a tus mandalas y a las figuras concluidas, las compartías en el chat familiar, las guardabas e inventabas con ellas relatos que nos involucraban. Después de una página, venía otra y luego otra. Y tú siempre lista

para empezar nuevamente, con el mismo entusiasmo puesto en el acto de colorear los minúsculos detalles del vestido de una niña sentada en un columpio, los atavíos de un elegante corcel en posición de galope, las apretadas flores al interior de unos corazones, la frondosa melena de un león, las tonalidades naranjas, azules y púrpuras de mariposas que levantan vuelo, el vistoso plumaje de un radiante perico agarrado a una rama. Porque la vida, entre una pérdida y otra, ofrece una tregua para colorear pequeñas formas distribuidas al interior de una página de papel. Esas diminutas geometrías a la espera de la mano que las rellene del color preciso anuncian una promesa de certeza, de seguridad, de calma, de alegría mundana. Porque no era un color cualquiera el que elegías. Tenías a tu lado recortes de cartulinas en donde rayabas los lápices y marcadores en la exploración del matiz exacto que perseguías. Esas cartulinitas rayadas son ahora mis separadores de páginas. Ese, mi legado.

Fuiste la más sonriente, la palabrera. Fuerte, optimista, esperanzada. Nunca tuviste miedo a nada. Al mismo tiempo, por tus venas circuló la leche de la compasión y la ternura. Ningún dolor ajeno te dejaba indemne. Tenías el don de la palabra sanadora. Sabías estar. Fuiste también la más guapa. Y alegre, la más alegre, a *pesar de*, a *pesar de*, a *pesar de*, a *pesar de*... También hiciste lo que te vino en gana, fiel a ti misma hasta el último segundo. Sabías sostener tus decisiones y tus respuestas a menudo inventadas. Decidiste decir no a los médicos, a los exámenes, a la medicina, a los hospitales. Dijiste no a todo a pesar del tumor, la neumonía, el derrame pleural, la anemia aguda. Te aferraste a tu cama con la misma fuerza con la que antes te aferraste a la vida, con la que trepaste escaleras, pintaste las paredes de tu casa, fundaste una escuela, sostuviste un asilo, aglutinaste amigas, armaste viajes, encendiste fiestas, cuidaste de tus hermanos

menores, de tus hijos, de tus nietos, de sobrinos, de tu madre, de tu esposo.

¿Quién ha de tomar, pues, la palabra en las tertulias familiares? Eras tú quien hacía los brindis y hablaba cuando todos callaban. Porque nunca perdiste la fe cuando de la familia se trataba. La fe en la señora vida. Porque la señora vida es buena y sabia, solías decir. Y lo creías de verdad.

Una fe pagana que es la mía también es un legado tuyo. Una fe pagana y bonita, sin culpa, hecha de muchos remiendos. Porque tu vida espiritual era intensa, por fuera de iglesias y de sacerdotes. Fuiste tú quien me preparó para la Primera Comunión, ¿lo recuerdas? Nos sentamos durante varias tardes en los columpios del patio frontal de la casa y me leías el catecismo con el mismo entusiasmo que ponías cuando me leías relatos de la mitología griega. Un día cualquiera decidiste que ya estaba lista para el sacramento, conversaste con el sacerdote del barrio, mandaste a coser un vestido blanco para el rito, organizaste la fiesta de celebración y así fue como hice la primera comunión sin confesión alguna de por medio. Tu sola palabra bastaba, tu palabra de madre buena, y estoy de acuerdo.

Cuidaste de ancianos y de niños. Fuiste maestra y doctora por oficio. Vestida con mandil blanco prescribías, recetabas y sanabas. No te hizo falta ningún título para custodiar los cuerpos envejecidos que a ti llegaban. Con un vademécum prestado bajo el brazo, tus certezas e intuiciones te bastaban. Que en tu próxima vida estudiarías medicina, afirmabas. ¿Cuántos muertos cafeteaste, madre mía? Te amanecías con ellos hasta que llegaban sus deudos con el sol del día siguiente. Los consolabas y les hablabas como hacías con los moribundos para que transitaran en paz y sin miedo. Les tomabas de la mano y con firmeza les decías, ¡adelante! Vaya en paz que lo están esperando. Yo le sostengo la mano

y lo acompaño. Así, mientras les hablabas en la agonía te entrenaste en el arte de morir. Por tus relatos sabía lo que debía yo decirte llegado el momento. De tanto escucharte lo había aprendido de memoria. Y te hablé como debía hacerlo. Como tú esperabas que lo hiciera. Te dije que no te soltaría hasta que mi padre te tomara de la mano. Que sabría sostenerte y acompañarte mientras te arrullaba con mi canto. ¡Traigan las roscas, el café y el puro! Cafetear a mi madre es lo que procede. Este, su deseo.

Sigues hamaqueándote en el dormitorio que ocupaba mi papá. Aún escucho el chirrido de la sogá al rozar el filo superior del armario verde. El armario de tres cuerpos, que hace juego con la cama y veladores verdes que fueron de tus padres. El sonido que provocaba el movimiento de tu pierna derecha, cuando flexionabas la rodilla y tomabas impulso con la punta del pie desde la hamaca, sigue vibrando. Allí te gustaba acostarte para descansar entre una actividad y otra, con un libro o un crucigrama entre las manos. Allí te recostabas para conversar con mi padre mientras él descansaba en la cama frente a la hamaca. Imagino que ese es todavía el lugar donde se dan cita para comentar acerca de nosotros, sus hijos. Allí acompañan a Darío o a Fernando cuando ellos se hamaquean. Siempre fue el lugar favorito de todos. Nos peleábamos por la hamaca. Ahora nadie se pelea por ese puesto. Está allí esperándonos, como ustedes. Listos para seguir hamaqueándonos.

Fuiste metódica, guardosa, ordenada, detallosa. Sabías conservar las pequeñas cosas. Tengo conmigo un atado de billetes ecuatorianos. No me dejaste dólares, pero me dejaste sures en billetes y en monedas. Un amasijo de billetes clasificados según su nomenclatura. Unos usados y otros flaman-tes como recién salidos del banco. Abro la funda y encuentro los billetes ordenados, sujetos con un clip ya oxidado y me

pregunto qué habrás dejado de comprarte para guardarnos estos billetes cuando lo que ahora es pasado era todavía tu presente. Los billetes de alta denominación son de 1999. Ya no circulan, son los de antes que preservan un aquí y un ahora de tu existencia singular y única. No es el aura de esos billetes lo que me importa, sino la tuya. La que está contenida en los restos materiales que te sobreviven. Tu presencia irrepetible. Perduras madre mía, perduras en las pequeñas cosas heredadas.

Coro:

Alicia llora a su madre y lloran con ella también las hijas.
Todas las hijas.

Murió la madre de Alicia.

«¡Ay, ay, Alicia!», responden también las hijas.

Hija:

¿Quién hará limonada con los limones que ruedan por allí amarillando?

¿Quién ha de hacer naranjada con las naranjas del costal que dejaste debajo de tu cama?

¿Quién habrá de mirar la mitad del vaso lleno cuando todas miremos la mitad vacía?

¿Quién ha de preparar la colada de avena, el helado de piña, los maduros lampreados, la torta de camote?

Nadie, pues, porque ya no has de entrar tú a esa cocina.

Porque ya nada de eso ha de ser preparado por tus manos.

Porque ya no estás.

Cuando me preocupe por Ale con quién he de llorar, pues.

Cuando dolor tan con quién para quejar.

Tomo tu bastón que ahora es mío. Mi bastón de mando, de mayorazgo. Golpeo el suelo con él. Era negro y ahora es rojo porque lo he pintado. Ahora tiene una cabeza de dragón.

¡Bum! ¡Bum! ¡Bum! Las gatas maúllan, los grillos cantan y los perros aúllan. Es hora ya de marchar contigo en andas. El momento del cortejo ha llegado. Venga conmigo familia, vengan amigas, vengan a alegrarme. Tómenme de la mano y abrácenme. ¡Quiero gritar y danzar! Hechizaré el aire y haré estallar la música que nos acompañe en este tu último recorrido por la ciudad, madre mía. Abro camino entre las tinieblas con mi nuevo bastón y grito: ¡Fuego! ¡Agua! ¡Tierra! ¡Aire! ¡Cuerpo! ¡Lluvia! ¡Viento! ¡Polvo! ¡Flores! ¡Fuego de Dragonas! ¡Aguijón de Escorpionas! «Brille la vida, crezca la labor, hierva la caldera con sonoro hervor». Todas las hijas canten conmigo: «Brille la vida, crezca la labor, hierva la caldera con sonoro hervor». Dancemos, dancemos en círculo y repitan conmigo:

Ay, madrecita, sha.
Ay, mami Nena, sha.
Ay, Alicia, sha.
Ay, Esther, sha.
Ay, la Nenita, sha
Ay, ñaña Nena, sha.

Lloro la muerte de Alicia, «¡murió mi madre!»
¡Ayayay, ayayay, ayayay!

Coro:

Hay que saber habitar las mansiones de los muertos. No queremos prótesis, ni órganos congelados, ni tubos y tampoco manipulaciones biotecnológicas, ni cuerpo-máquina, ni chips incrustados en los tejidos. No queremos estar en control de la muerte. Nunca poseemos el control del final. Y está bueno que así sea. Porque la vida transcurre, transcurre, transcurre. La vida gozosa y mundana brilla en el breve

lapso del instante, en la conmoción de la carne hecha de pura materia que al final también se corrompe, en el parpadeo que en su frágil movimiento necesita de la lágrima para su coqueto aletear, en el pliegue de la piel donde se junta el sudor que huele a cuerpo, en la saliva que porta migajas de pan, en la alegría frente al rompecabezas concluido, en la rápida lamida que nos regalan los perros como al descuido, en los saltitos repetidos con los pies juntos y en puntillas que hacen los niños cuando están felices, en el latido compartido. La vida se revela en la gota que cae y se derrama. En el sol que se levanta y se esconde. El latido. El latido. El latido. Somos pura forma orgánica, pura forma orgánica que perece. Después de todo, el cactus florece, el vademécum caduca, los columpios se oxidan, el juego concluye, el árbol de navidad agoniza desarmado entre cartones, los marcadores se resecan, las páginas del álbum de fotos se repletan, luego se despegan, las fotos se decoloran y esos álbumes ya no existen sino solo como mercadería *vintage* o en las estanterías de la hija como herencia recibida. El álbum de fotos, una vida. Otro álbum, la misma vida.

Alicia llora a su madre y lloran con ella también las hijas.
Todas las hijas.

Murió la madre de Alicia.

«¡Ay, ay, Alicia!», responden también las hijas.

¡Alicia, hija de Alicia, no olvides que perteneces a una raza de mortales!

¡No lo olvides, no lo olvides, no lo olvides!

La vida humana es inestable. ¡Recuérdalo!

Hija:

¡Qué todo el mundo te ofrezca, madre mía, una palabra de admiración y de cariño, una ofrenda, un piropo! Tu ciudad

se inclina hacia ti durante la marcha de homenaje colectivo. Vamos contigo toda la familia. Marchan los pequeños cactus y los gatos del barrio con Gecia y Esther a la cabeza. Tus compañeras de colegio, los ancianos que cuidaste, los muertos que cafeteaste, los rostros que pueblan tus álbumes de fotos. Caminamos, caminamos, caminamos, contigo en procesión. ¡Ayayay Ayayay! ¡Bum! ¡Bum! ¡Bum!, golpea mi bastón. Un coro de grillos se acerca cantando, cantando, cantando... y la brisa sopla porque tu ciudad te acompaña, guayaquileña bonita, palomita cuculí. Somos tu linaje y abrimos un camino sembrado de cafetos en tu honor. ¡Ayayay Ayayay! ¡Bum! ¡Bum! ¡Bum! Te llevamos en andas a través de las calles del Barrio del Centenario hasta llegar al parque España. Allí, en el parque de tu infancia, te espera mi padre. Lo he llamado con mi llanto. Padre, le he dicho, que el verde verde de tus ojos guíe los pasos de mi madre en su partida. Hasta aquí llegamos. Te la entrego, padre, llévala contigo. Los astros, las piedras y las intersecciones de caminos anuncian mi mayorazgo. Aquí estoy, lista para ocupar la primera fila. Debo cuidar de las puertas, de los álbumes, de las gatas. Cuando la calle se quede color de guachachapelí, guáchara de todo ruido, triste como un amorfino, yo me aparearé de la noche y me llegaré hasta ti para cantarte al oído eso que desees oír. Llego con mi legado a cuestras para que mis labios te digan palabritas de canguil.

Ay, madrecita, sha.

Ay, mami Nena, sha.

Ay, bonitica, sha.

Ay, la Nenita, sha.

Ay, mami, sha.

Coro:

Alicia llora a su madre y lloran con ella también las hijas.

Todas las hijas.

Murió la madre de Alicia.

«¡Ay, ay, Alicia!», responden también las hijas.